

giones y nuevas riquezas. La Africa misteriosa le atraía. Primeramente iría al Senegal, después alcanzaría el Sudán para fundar en el propio corazón de aquellas tierras vírgenes una nueva Francia, un inmenso imperio colonial sobre el que reinará otra dinastía de los Froment, un Chantebled decuplicado y bañado por el sol, poblado por sus hijos y por los hijos de sus hijos. Hablaba de todo aquello con tal alegría y entusiasmo, que sus padres acabaron por sonreír a través de las lágrimas que empañaban sus ojos.

—Ve, hijo mío, no queremos ni podemos detenerte. Ve donde te llama tu vocación, donde la vida te atrae. Cuanto nacerá de tí allá abajo representará aún la salud, la alegría y la fuerza que nosotros hemos producido... Tienes razón: no es ocasión de llorar; precisa que tu partida sea una fiesta; la familia no se separa, se extiende, invade y conquista el mundo.

Sin embargo, después del matrimonio de Nicolás y de Isabel, el día de la despedida hubo en Chantebled unos momentos de tremenda emoción. Toda la familia se había reunido y celebrado una comida, y cuando el matrimonio aventurero se arrancó por fin a la tierra maternal, hubo sollozos y suspiros que se escapaban a pesar de la voluntad. Partieron alegres y decididos, sin equipaje apenas, pero con muchas esperanzas y con unos veinte mil francos, que a juicio de Nicolás le bastarían para los primeros años. ¡El trabajo, la perseverancia y el valor debían bastar para aquella gran conquista! Benjamín, el menor de los hermanos, quedó trastornado por aquella partida. No tenía aún doce años, y sus padres le mimaban mucho creyéndole delicado. Crecía lánguido, soñador y adorado, pegado siempre

las faldas de su madre, formando un contraste con toda aquella familia tan fuerte y tan laboriosa.

—Deja que te abrace otra vez, Nicolás... ¿Cuándo volverás?

—Jamás, Benjamín.

El niño se estremeció.

—Jamás, jamás... ¡Ah! ¡eso no puede ser! Vuelve, vuelve un día para que te abrace de nuevo.

—Jamás—repitió Nicolás palideciendo.—Nunca, nunca.

Había levantado entre sus brazos al muchacho, que lloraba desconsoladamente. Todos sintieron un dolor agudísimo en el momento de la separación eterna.

—¡Adiós, chiquitín!... ¡Adiós, adiós todos!

En tanto que Mateo le daba un último adiós prediciéndole la victoria, Benjamín se refugió al lado de Mariana, que tenía los ojos inundados de lágrimas. Su madre le estrechó apasionadamente, como temiendo que pudiera él partir también a su vez. Únicamente quedaba él, junto al hogar de la familia.

### III

En la fundición, en su lujoso palacio del mueble, en que había reinado como dueña soberana, Beauchéne esperaba el destino desde doce años con una constancia, rígida y tenaz, viendo el continuo derrumbamiento de su vida y sus esperanzas.

Durante aquellos doce años, Beauchéne había sentido la pendiente fatal por que marchara, y había llegado hasta el fondo de la última abyección.

Había empezado por abandonar la alcoba conyugal a consecuencia de los fraudes mutuamente consentidos y ahora, ya viejo, no iba casi nunca a su domicilio y vivía en compañía de las perdidas que le seducían en la calle. Había acabado por preferir a dos de ellas, tía y sobrina, según afirmaban, y se extinguía entre los brazos de las dos, poseído aún por el demonio de la lujuria, a pesar de sus sesenta y cinco años. Para llegar a convertirse en aquella ruina inmunda, había bastado apenas su gran fortuna derrochada casi por entero, con mayor frenesí cuantos más años pasaban, y obligado a aprontar sumas enormes para ahogar los escándalos que originaban. Era pobre y apenas percibía una parte ínfima de los beneficios cada vez mayores que producía la fundición más próspera de año en año.

Aquella era la pena que consumía lentamente a Constancia. Desde que perdió a su hijo, Beauchéne se abandonó más y más, cediendo al egoísmo de su placer y apartándose de aquella casa que no valía la pena de hacer prosperar, ya que el heredero había muerto. Poco a poco la había ido entregando trozo por trozo a Dionisio, que era ya casi el único dueño. Este no tenía al principio sino una de las seis partes que constituían la propiedad total de la fundición, y aun Beauchéne tenía el derecho de rescatar aquella parte en un término prefijado. Pero lejos de pagar, cedió al joven otra parte al cumplir el plazo. Desde entonces la caída había sido continua, y de dos en dos años había cedido las otras porciones de su fortuna que se hundían en el abismo sin fondo abierto por su libertinaje. Y ahora, a consecuencia del último arreglo, solamente le quedaban unos cien mil francos en la propiedad de la fundición, suma que Dionisio le había reconocido por pura bondad,

a fin de tener el pretexto de pasarle una pensión, de la cual entregaba cada mes la mitad a Constancia.

Esta no ignoraba, pues, la situación verdadera de la casa. Sabía que la fundición pertenecía a los Froment execrados, el día en que a Dionisio se le ocurriera echar a la calle al antiguo patrón, a quien ni por casualidad se veía en los talleres. Había en el contrato una cláusula que reconocía a Beauchéne la facultad de liberar de golpe la propiedad si un día podía hacerlo. ¿Era aquella esperanza loca, el milagro de un Salvador cayendo del cielo, lo que la mantenía rígida y tenaz esperando el destino? Aquellos doce años de vana espera, de caídas sucesivas, no parecían haber quebrantado la esperanza de triunfar al cabo. En Chantebled, al ver la victoria de Mateo y de Mariana, habían corrido sus lágrimas; pero se había repuesto y abrigaba la esperanza de que un suceso inesperado la indemnizaría de su infecundidad. No hubiese podido decir a punto fijo lo que anhelaba, lo que deseaba. Esperaba únicamente que, antes de morir, un rudo golpe destruyera aquella familia demasiado numerosa, que mejor que nada le hacía comprender las abominaciones de su propia vida, su hijo muerto, su marido envenenado en el vicio más abyecto, todo aquello que, por su repugnancia a seguir las leyes de la naturaleza, había provocado. A pesar de su pena, no quería darse por vencida, no quería confesar su derrota. Había tenido que restringir sus gastos, y pasaba semanas enteras encerrada en sus habitaciones del primer piso, con su vieja camarera. Vestida siempre de negro, como para llevar eternamente el luto de su hijo, no se quejaba nunca; manteníase altanera y como petrificada por el dolor que la hería. Un día estuvo a punto de

despedir a su camarera, porque se había permitido ir a buscar a Boutan, al que no había querido consultar, segura de que no podía morir como no muriera antes su esperanza. Pero, ¿qué tristeza, qué angustia la suya cuando recordaba la casa vacía, sin hijo, sin marido, no llamando a nadie, porque sabía que nadie acudiría?

Empeñábase en permanecer en pié, en no confesarse enferma y abatida, pensando que su sola presencia evitaba que Dionisio reinara sin rival en aquella casa y ocupara el hotel en que reinó como dueña absoluta. Aquella existencia de reclusa la empleaba Constanca en saber día por día lo que ocurría en la fundición. Morange, del que había hecho su confidente y que la visitaba casi todas las tardes al salir del escritorio, la informaba de todo. Así supo cómo su esposo había vendido sucesivamente la propiedad de la fábrica, cómo Dionisio se convirtió en propietario y averiguó también que Beauchéne y ella vivían gracias a la generosidad del nuevo dueño. Había organizado perfectamente su espionaje, y conocía la vida íntima de su mujer y de los niños, Luciano, Pablo y Hortensia, todo lo que se hacía y decía en el pabellón modesto en que continuaba viviendo el matrimonio, a pesar de la gran fortuna conquistada. No parecían siquiera advertir que estaban amontonados en aquel pabelloncito harto estrecho, en tanto que ella vivía sola en el inmenso hotel. La indignaba la deferencia que tenían con ella, esperando tranquilamente su fin y viéndose obligada a mostrarse reconocida a sus bondades y a acariciar a los niños cuando le traían flores. Pasaban así los meses y los años, y Morange, cuando iba casi todas las tardes a ver a Constanca, encontraba a ésta vestida siempre con el mismo traje negro, sentada en el mismo sitio y con el

mismo continente de obstinada espera. Nada ocurría nunca que pudiese indicar que el desquite tan soñado se acercaba. Pero aun cuando los acontecimientos la abatieran más y más, no se quería dar por vencida, segura de que al cabo lograría la soñada venganza. Y permanecía inmutable, superior al cansancio, esperando el prodigio.

Cada día empezaba la conversación en términos parecidos:

—¿No hay nada de particular, querida señora?

—Nada, amigo mío.

—La cuestión es tener salud. Así se pueden esperar mejores días.

—¡Bah! De todos modos se espera.

Una tarde, al cabo de aquellos doce años, Morange creyó advertir que en el saloncito reinaba un aire de alegría.

—¿Hay algo de particular, señora?

—Sí, amigo mío.

—Sí, es algo de lo que esperaba; lo que se sabe esperar, llega siempre.

La miraba y se sentía inquieto sin saber por qué, al ver sus miradas brillantes, sus gestos vivos. Después de tantos años de desesperación y de atonía, ¿qué era lo que así la animaba? Sonreía, respiraba con fuerza, aliviada del enorme peso que la había tenido aplastada años y años. Al preguntarle, dijo:

—No quiero contestar a usted aún, amigo mío. Quizá no tengo razón en alegrarme, porque todavía lo que espero es muy problemático. Esta mañana me han dicho muchas cosas, me han hablado de algunos hechos... Pero es preciso que los compruebe, y sobre todo, es necesario que reflexione... Luego se lo confiaré a usted todo, como puede suponer, sin contar con que necesitaré de su ayuda... Una noche vendrá usted a comer con

migo, y podremos hablar despacio. ¡Ah! ¡si fuese verdad! ¡si se realizara el milagro!

Pasaron unas tres semanas sin que Morange pudiera saber nada. Veíala muy preocupada, muy nerviosa. Pero no la interrogó; porque también él vivía sin esperanzas y enclaustrado en su casa, no dando importancia alguna a las cosas de los demás. Hacía treinta años que había muerto Valeria, veinte que Reina quedó borrada del libro de los vivos, y todo aquel tiempo había continuado llevando su misma acostumbrada existencia de empleado metódico y puntual, anonadado por las dos catástrofes sucesivas que desolaron su vida.

Pocos hombres habían padecido como él los embates del dolor y del remordimiento y, sin embargo, nadie hubiese adivinado los destrozos causados en su cuerpo y en su alma al verle pasar por la calle tranquilo en apariencia, con su paso acompasado y corto, y su traje limpio y muy cuidado. Sin embargo, debía estar desequilibrado su entendimiento. A lo mejor daba en manías inexplicables. Había acabado por despedir a su criada, y él mismo se arreglaba y preparaba la comida, no dejando que nadie traspasara el umbral de su puerta. Aun cuando llevara una levita de una limpieza inmaculada, era tan vieja, que de fijo que se pasaba horas y horas remendándola. Su avaricia era tal, que no compraba sino un pan grande cada cuatro días, y lo comía duro a fin de comer menos. Lo que nadie sabía y todo el mundo se preguntaba, es lo que podía hacer aquel hombre metódico con el crecido sueldo que cobraba en la fundición. Se calculaba que debía tener escondidos o depositados en alguna parte más de cien mil francos. Otra manía se le declaró, que estuvo a punto de causarle la muerte. Un día que Dionisio iba a su casa por el puente de Grenelle,

le encontró mirando al agua, tan inclinado sobre el repecho, que hubiese caído si no lo detiene. Se echó a reír, diciendo que había tenido un desvanecimiento. Otro día, en la fundición, Víctor Moineaud le detuvo en el momento en que una máquina en movimiento, ante la cual estaba, iba a destruirlo entre sus ruedas dentadas. De nuevo sonrió, confesando que había pasado demasiado cerca de las ruedas. Así es que se le vigilaba, creyendo que no estaba en su cabal juicio. Si Dionisio le conservaba como jefe de contabilidad, era tanto por sus muchos y buenos servicios, como porque nunca había cometido error alguno en las cuentas. Y con el rostro tranquilo y reposado, como si ninguna tempestad hubiese azotado su corazón, continuaba su existencia metódica y maquinal, quizá loco rematado por dentro, sin que nadie lo supiera.

Desde hacía algunos años, sin embargo, se había roto en cierto modo la monotonía de la vida de Morange. Aun cuando fuera el confidente de Constancia, que le dominaba por la tiranía de su voluntad, había sentido nacer y crecer una gran ternura por Hortensia, la hija de Dionisio. A medida que fué creciendo, creyó que en ella renacía Reina, aquella hija tan llorada. Acababa ahora de cumplir nueve años, y cada encuentro sentía una emoción, una sacudida indecibles. No era aquello sino una ilusión de los ojos; porque en nada se parecían las dos niñas. A pesar de su terrible avaricia, colmaba a Hortensia de muñecas y dulces en cuantas ocasiones podía. Aquella ternura le dominó de tal modo, que Constancia sintió inquietud. Le hizo comprender que debía ser su amigo por completo o su enemigo declarado. Morange fingió someterse; pero no renunció a su pasión. A escondidas acechaba a la niña para besarla y

colmarla de caricias. Si continuó sometido a la influencia de Constancia, fué únicamente por el terror que aquella mujer de voluntad de hierro le inspiraba. Había entre ellos aquella monstruosidad, que únicamente ellos sabían, aquella complicidad de que no hablaban jamás; pero que era real y efectiva. Débil y tierno, había quedado dominado por aquella mujer terrible. Después de aquel día, supo muchas otras cosas. ¡Había pasado tantos años rodando por aquella casa con su paso de maníaco, observando, callando, sorprendiéndolo todo! Y aquel loco, que sabía, que callaba, llegó sin embargo a sentir impulsos de rebelión desde que debía ocultarse para abrazar a Hortensia, presto a encolerizarse si contrariaban su pasión.

Un día Constancia le invitó a comer; comprendió que la hora de la confianza había llegado, al verla temblorosa e irguiendo su pequeña estatura, a guisa de guerrera segura de su victoria. En tanto que comieron, no dijo una palabra del asunto, por más que la criada les hubiera dejado solos después de servir los manjares. Habló de la fundición, de Dionisio, de Marta, a quien criticó, y acabó por decir que Hortensia estaba mal educada. Morange escuchó todas aquellas invectivas sin atreverse a protestar, aun cuando le sublevaron la sangre las últimas.

—Ya veremos lo que ocurre—añadió Constancia a modo de terminación,—cuando cada cual vuelva a ocupar el sitio que le corresponda.

Cuando estuvieron en el saloncito, junto al fuego, en aquella velada de invierno:

—Como había dicho a usted ya, amigo mío, tengo necesidad de sus servicios... Es preciso que coloque usted en el escritorio a un joven por el cual me interesó. Espero que lo pondrá a su lado.

Morange, que estaba sentado al otro lado de la chimenea, la miró con sorpresa.

—Ya sabe usted que no soy el dueño—dijo,—diríjase al patrón, que indudablemente hará cuanto usted quiera.

—No quiero deber nada a Dionisio... A usted es a quien recomiendo este joven, y usted será quien le coloque y quien le instruya. ¿No tiene usted facultades para tomar un empleado? Le digo que es preciso.

Hablaba con imperio, y al oír aquel acento inclinó Morange la cabeza, acostumbrado como estaba a obedecer a todo el mundo. Atrevióse, sin embargo, a preguntar:

—Sí, sin duda puedo tomarlo; pero, ¿quién es ese joven?

De momento, no contestó Constancia. Se había inclinado hacia el fuego, como para arreglar los tizones, queriendo reflexionar un instante. ¿Para qué decírsele todo de golpe? Algún día no tendría otro remedio que hacerlo, si quería que se anudaran sus planes; pero interinamente creyó obrar con prudencia preparando tan sólo el camino.

—Es un joven—dijo,—cuya suerte me interesa a causa de ciertos recuerdos... ¿No se acuerda usted de una muchacha que ha trabajado aquí hace muchos años, Norina Moineaud, hija del tío Moineaud?

Morange levantó vivamente la cabeza y la miró con los ojos dilatados, a consecuencia de la brusca claridad que acababa de iluminar su memoria. Antes que hubiese pesado sus palabras, exclamó así:

—¡Es Alejandro Honorato, el hijo de Norina, el muchacho de Rougemont!

Sorprendida a su vez, soltó las tenazas y le miró

a los ojos, queriendo penetrar hasta lo más íntimo de su pensamiento.

—¡Ah! sabe usted... ¿Qué sabe, pues? ¡es preciso que me lo diga, que no me oculte nada; hable usted; lo quiero!

Morange lo sabía todo. Habló lenta y largamente como contando un sueño. Sabía el embarazo de Norina, el dinero dado por Beauchéne para que librara en casa de la Bourdieu, el niño que había sido llevado a la Inclusa, dado a criar en Rougemont, de donde se escapara años después, robando trescientos francos; sabía más: sabía que el chico había ido a París y llevado una existencia de crápula.

—¿Quién le ha dicho a usted eso? ¿Cómo lo ha sabido?—exclamó con inquietud.

Morange hizo un gesto indicando que a punto fijo no lo sabía; que aquello se lo reveló el aire ambiente, la casa entera; que a punto fijo no se acordaba de quién se lo contó.

—Debe usted comprender—dijo,—que cuando uno pasa treinta años en una casa, acaba por saber todos sus secretos sin desearlo. Le digo que lo sé todo, todo.

Constancia se estremeció, sin contestar una palabra. En cuanto a él, había vuelto a su postura de meditación y de obediencia. Aquella comprendió al cabo que puesto que Morange lo sabía todo, lo mejor era dejarse de tapujos y comunicar valientemente sus planes.

—Sí, es Alejandro Honorato, el chico criado en Rougemont. No puede usted imaginarse las investigaciones que he hecho durante esos doce años; las veces que he llegado a desesperar creyéndole ya muerto.

Morange inclinó la cabeza con ademán afirmativo, y ella añadió entonces que hacía mucho tiem-

po que había renunciado a sus planes, cuando de repente habló el destino con fuerza incontrastable.

—Imagínese usted que la noticia ha caído sobre mí con la rapidez del rayo. Mi cuñada Serafina, que casi no me visita nunca, ha venido a verme una mañana y a contarme una serie de cosas en las que no me fijé de buenas a primeras. Me dijo primeramente que se trataba de un desdichado joven, pervertido por malos amigos a quien deseaba salvar a todo trance. Imagínese usted qué sorpresa fué la mía cuando supe de quién se trataba... Le digo a usted que es el destino que despierta y hiera.

Efectivamente, la historia era extraña a más no poder. Serafina, que cada vez enloquecía más a consecuencia de los excesos pasados, no había renunciado del todo a sus locuras antiguas y exasperadas; su pasión y su libertinaje por la impotencia casi absoluta de poder contentar sus sentidos, se entregaba sin freno a las depravaciones más horribles, a la crápula más inmunda, y se ausurraba que en su hotel de la calle de Marignan, se pasaba días enteros en compañía de varios jóvenes recogidos en mitad del arroyo, recién salidos de la cárcel o de las casas de corrección, que recogía con achaque de volver al buen camino, y con los cuales se entregaba a las monstruosidades que únicamente pueden consignar la historia de la Pentápolis. Una noche, uno de esos perdidos le llevó a Alejandro, mozo robusto y fuerte, que acababa de pasar seis años de reclusión. Durante un mes, fué el amo en aquella casa, y cuando una mañana le contó su historia verdadera, le citó el nombre de Norina, su estancia en Rougemont y las dificultades que había tenido para encontrar a su padre, que era inmensamente

rico; entonces comprendió Serafina el parecido que había encontrado entre su hermano y aquel muchacho, y aquel encuentro impensado, aquel ayuntamiento carnal con su sobrino de la mano izquierda, avivó su endemoniada sed de lujuria. No podía mantener indefinidamente en su casa al pobre muchacho, y no se atrevió siquiera a decirle quién era su padre; pero recordando que años atrás Constancia había buscado con empeño a aquel hombre, le daba la noticia por si todavía podía convenir interrogarlo.

—Así, pues—dijo Constancia,—Alejandro no sabe nada, y mi cuñada me lo presentará, diciéndole a él que soy una persona caritativa dispuesta a buscarle colocación. Parece que ahora quiere trabajar y enmendarse. Si ha cometido faltas, hay muchas causas que las excusan. De todos modos, cuando esté a mi lado, le aseguro a usted que no hará sino lo que yo quiera. Aun cuando Serafina no le hubiera dicho una palabra de las relaciones carnales que tuviera con Alejandro, Constancia sabía su perversión moral, y comprendió en seguida a través de qué inmundo laberinto llegaba hasta ella el hijo de su marido. Los años de prisión que había pasado parecían haber afinado y calmado las pasiones de aquel hombre que aseguraba estar dispuesto a cambiar por completo de vida; después de los días que había pasado con Serafina y de haberle provisto ésta de ropa, era un hombre presentable. Morange levantó los ojos y miró fijamente a Constancia.

—¿Qué desea usted hacer de él? ¿Sabe alguna cosa? ¿Tiene buena letra?

—Sí, su letra es buena; pero no sabe gran cosa que digamos. Por eso le entrego a usted. Deseo que lo desasne y que le enseñe todo el manejo de

la casa. Deseo que dentro uno o dos años, conozca lo que debe conocer el amo de la fundición.

Aquella palabra «amo» iluminó bruscamente la inteligencia del tenedor de libros, quien, a pesar del desequilibrio de su razón, tuvo un momento de buen sentido y protestó.

—Vamos, señora, ya que desea usted que le ayude, explíquese claramente; dígame usted qué papel hará representar a ese joven... Supongo que no imagina que gracias a él conseguirá usted la reconquista de la fundición y será de nuevo señora absoluta de aquí.

Y con claridad y lógica perfecta demostró la imposibilidad de realizar tal deseo, detallando y exponiendo las sumas enormes que sería preciso aportar para hacer que Dionisio dejara de ser el amo de la fundición.

—Por otra parte, no comprendo por qué prefiere usted ese muchacho a otro cualquiera. Supongo que sabe usted que no tiene derecho civil alguno y que por lo tanto, no puede figurar nunca al frente de una empresa. Aquí será siempre un extraño y sería preferible tomar un chico honrado e inteligente.

Constancia había vuelto a remover los tizones con las tenazas. Cuando levantó la cabeza, miró cara a cara a Morange y dijo:

—Alejandro es el hijo, es el heredero. El extraño no es él, sino el otro, ese Dionisio, ese hijo de los Froment, que se ha apoderado de nuestros bienes.

Ese era el grito de la conciencia burguesa y conservadora, encariñada con la idea de que la herencia no debe salir nunca de la familia. Como madre y como esposa, sufría mucho al decidirse a dar tal paso; pero de todos modos, lo daría obedeciendo a su rencor, y echaría al extraño,

aun cuando debiera sufrir horriblemente. En cierto modo, pensaba que aquel joven era algo para ella, pues era hijo de su marido, de quien ella misma tuvo un hijo, el primogénito, el muerto. Se prometía que del bastardo haría cuanto quisiese, y le obligaría a ser un instrumento dócil de sus planes.

—¿Desea usted saber en qué emplearé a ese joven?... No lo sé a punto fijo todavía. Quizás no pueda nunca reunir los cientos de miles de francos necesarios; quizás sea imposible el rescate soñado; pero, por lo menos, lucharemos, y quizás vencemos. ¡Aun cuando seamos vencidos, no importa, tanto peor para el otro! Le aseguro a usted que si ese muchacho me escucha, se convertirá en un elemento destructor; será el castigo y la venganza, que caerán sobre la fundición.

Él hizo un ademán que completaba su abominable pensamiento. De todas sus ideas, la última la de emplear al miserable Alejandro como un elemento de destrucción, era la que más le sonreía, quizá más que la de lograr de nuevo una gran fortuna. Aquello se le había ocurrido a consecuencia de la desesperación en que la sumió la muerte de su hijo único, que extravió la pasión de la maternidad llevándola hacia el crimen.

Morange se estremeció cuando Constancia añadió con su rudeza habitual:

—Hace doce años que espero un cambio del destino, y ahora llega. Antes que desperdiciar la ocasión, seré capaz de perder la vida en la demanda.

Era la pérdida de Dionisio, concebida y ejecutada, si el destino no se oponía. El tenedor de libros entrevió el desastre: unos niños inocentes heridos en su padre: toda una familia destruida. Aquella catástrofe rebeló todo su corazón. ¿Dejaría cumplir aquel nuevo crimen sin revelar lo

que sabía? Constancia debió comprender lo que pasaba en su espíritu, debió ver de nuevo el horrible crimen, sepultado en el olvido, reaparecer en los ojos fijos de Morange, que la miraba helado de espanto. Resurgió de lo pasado la visión pavorosa; se abrió de nuevo la trampa, aspiróse otra vez el soplo del abismo. Morange quedó vencido, aniquilado como de costumbre, sin atreverse a chistar.

—Quedamos, pues, conformes, amigo mío. Tomará usted a Alejandro... Una tarde se lo presentaré de cinco a seis. ¿Quiere usted venir pasado mañana?

—Sea como quiere usted, señora.

Al día siguiente, Morange se mostró tan agitado y tan inquieto, que la portera tuvo miedo que le sobreviniera una crisis, pues al ir a buscar su almuerzo, tenía el rostro muy trastornado, y hablaba solo. El mismo día también llegó al escritorio con más de una hora de retraso, hecho sin precedentes, que extrañó a todo el mundo. Ocurrió que al salir de su casa se había dirigido hacia el puente de Grenelle, donde un día Dionisio le salvara de caer al agua. Una vez allí, una fuerza incomprensible le hizo mirar hacia la corriente, en tanto que una voz misteriosa repetía de continuo: «¿Dejarás cumplir ese crimen? ¿No dirás lo que sabes?» Aquellas palabras eran las que durante todo el día habían resonado en sus oídos y le aturdieron hasta el punto de no dejarle saber lo que se hacía. Y si ahora miraba hacia la corriente y por ella se sentía atraído, era sin duda con la esperanza de acabar de una vez, de anegar en ella aquellas palabras que le trastornaban. En el fondo del agua, aquella voz callaría al cabo; pero no la oiría más aconsejarle que tuviera una decisión para la cual comprendía que no tenía fuer-

za suficiente. El agua le llamaba dulcemente y sentía que sería una gran dicha no luchar más, abandonarse a la fuerza del destino.

Morange se inclinaba más y más, sintiendo ya que el ruido del agua le aturdiría, cuando detrás de él sintió una vocecita clara y alegre que le llamaba.

—¿Qué mira usted, señor Morange? ¿Mira acaso los peces?

Era Hortensia, muy alta ya, muy linda, que una camarera acompañaba a casa de unas amiguitas, que tenía en Anteuil. Cuando Morange se volvió quedó un instante tembloroso, con los ojos inundados de lágrimas, ante aquella aparición, ante aquel ángel que le llamaba desde tan lejos.

—¿Es usted, monina? No, no veo los peces; como el agua está tan fría en invierno, deben esconderse en el fondo. ¡Qué linda está usted con ese abrigo de pieles!

La niña se echó a reír, alegre al verse tan lisonjeada y querida.

—Estoy muy contenta, porque voy a ver una función de teatro. ¡No puede usted pensar cuán contenta estoy!

Dijo esto como en otro tiempo lo hubiese dicho Reina. De buena gana se hubiese hincado de rodillas para besarle las manos.

—Así me gusta, que esté usted contenta; venga a darme un beso.

—¡Tome usted! ¡Ah!... La muñeca que me regaló, es muy mona; se llama Margot y es muy comedia. Venga usted a verla un día.

Después de besarla de nuevo, la miró alejarse enternecido, sintiéndose capaz de cualquier sacrificio para salvarla. Sería una cobardía permitir que aquella niña sufriera. Lentamente, abandonó el puente, y al oír que la voz misteriosa murmu-

raba de nuevo con imperio la habitual pregunta, como exigiendo una respuesta, exclamó en su interior: «No, no; hablaré; no dejaré que la abominación se cumpla». Encaminóse hacia el despacho, y por el camino se preguntó de nuevo cómo podría evitar la catástrofe. Una vez en el escritorio, en vez de entregarse como de costumbre al examen de sus libros, empezó una carta que resultó interminable. La dirigió a Mateo, y en ella contaba la aparición de Alejandro, los proyectos de Constancia y el servicio que le había pedido. Todas aquellas cosas las había explicado al correr de la pluma, sin orden ni concierto, como una confesión que debía aliviar su alma. Una vez prevenido Mateo, parecíale que la catástrofe no era de temer, pues serían dos para evitarla. Le rogaba que viniera al día siguiente, a las seis, a fin de decirle lo que le parecía Alejandro y lo que Constancia exigía de él.

La noche siguiente, y todo el otro día, debieron ser tremendos para el pobre hombre. La portera contó después que el inquilino del piso de abajo había oído que Morange se paseó toda la noche. Empujaba brutalmente las puertas y cambiaba de sitio los muebles, como si fuera a marcharse de casa.

Se habían oído también gritos y sollozos, el monólogo de un loco dirigiéndose a las sombras que se asaltaban, alguna espeluznante ceremonia de un devoto alocado por el culto misterioso de los muertos. Durante el día, dió en la fundición signos inequívocos de turbación mental. Tan pronto atravesaba rápidamente los talleres sin objeto determinado, como se paraba ante una máquina en movimiento, permaneciendo inmóvil mucho rato, como volvía a subir al escritorio entregándose con

frenesi a las sumas y restas de las cuentas corrientes. Cuando obscureció, los dos empleados que estaban con él en el escritorio, notaron que cesaba de trabajar. Desde entonces esperó con la mirada fija en el reloj. Al dar las cinco comprobó una cuenta y dejó el libro abierto, como si fuese a volver en seguida.

Morange siguió la galería en que desembocaba el corredor que unía la casa con los talleres. A tal hora toda la fundición estaba iluminada por lámparas eléctricas, y del piso bajo subía el rumor sordo y estridente, a veces de las máquinas en plena actividad. Antes de llegar al corredor, bruscamente advirtió ante él el ascensor de carga, el agujero horrible por donde cayera Blas catorce años antes. Después de la catástrofe, habían rodeado el agujero de una barandilla con una puerta, y era imposible caer, a menos de abrirla o dejarla abierta a propósito. La trampa estaba bajada, cerrada la puerta. Se aproximó, siguiendo los impulsos de una fuerza superior y se inclinó sobre el abismo. La horrible escena que había ocurrido allí años atrás resurgió de las tinieblas. Vela el cuerpo destrozado, helábale el mismo soplo de terror ante el asesinato cierto, aceptado y ocultado. Ya que sufría tanto, ya que había prometido a las dos muertas reunirse con ellas, ¿por qué no se resolvía de una vez? La antevíspera, mirando la corriente del río, sintió el deseo de acabar con su vida. Con perder el equilibrio, quedaba libertado, tendido al cabo en el seno de la tierra, entre su mujer y su hija. De repente, como si la pavorosa solución surgiera del abismo, creyó oír una voz que le llamaba desde abajo, la voz de Blas gritando: «¡Ven con el otro! ¡Ven con el otro!» Se irguió estremeciéndose y tomó la decisión suprema. En su locura creyó que era aquella la única

solución posible, la más prudente, la lógica, la matemática, la que lo arreglaba todo. Antojábasele tan sencilla, que no comprendía cómo no se le había ocurrido antes. Desde aquel momento, aquel pobre hombre, débil y tierno, dió pruebas de una voluntad de hierro, de un heroísmo soberano y de razonar y obrar con gran cautela y disimulo. Primeramente lo preparó todo, moviendo el resorte para que no pudieran subir la trampa en su ausencia, se aseguró de que la puerta se abría y cerraba fácilmente, estuvo en todos los detalles que podían ayudar a su designio. Luego apagó las tres lámparas eléctricas y dejó la galería en la más profunda oscuridad. Subía de abajo, por el oscuro agujero, el ruido de la fundición, el chirriar de las máquinas, el frotar de las correas y el resoplido del vapor. Entonces fué cuando preparado ya todo se decidió a tomar el corredor para ir al saloncito de Constancia.

Constancia le esperaba con Alejandro, al que había hecho venir media hora antes, a fin de sondearle, antes de explicarle cuáles eran sus planes respecto de él. Como no juzgaba prudente entretenerse de momento a un sujeto de tan malos antecedentes, díjole tan sólo que, por recomendación de la señora baronesa de Lorwicz, estaba dispuesta a favorecerle en lo posible, dándole trabajo. Pero, a medida que hablaba con él, le estudiaba y sentía indecible alegría al ver que era un hombre robusto y resuelto, cuya cara, enérgica y dura, iluminada por unos ojos terribles, le prometía un vencedor. Una vez hecho más presentable, tendría muy buen aspecto. Alejandro, por su parte, sin comprender claramente de lo que se trataba, adivinaba que iba a decidirse su destino, que iba a entrar en una nueva senda, y se dejaba llevar por los acontecimientos, como un lobezno que de

momento se domestica para devorar más fácilmente la mano que le da de comer.

Al entrar Morange, se sintió trastornado por la gran semejanza que tenía aquel joven con Beauchêne, sintiendo flaquear su ánimo respecto a lo que había decidido, pues le parecía que condenaba a muerte a su antiguo principal.

—Le esperaba a usted, amigo mío. Me parece que se ha retardado.

—Un poquillo; tenía que dejar listo un trabajo. Constancia estaba comunicativa y contenta.

—He aquí el joven de quien le hablé a usted. De momento le tomará en su sección, a fin de enseñarle todo lo de la casa. Quedamos conformes, ¿verdad?

—Sí, señora.

Al ver que despedía a Alejandro diciéndole que podía volver al día siguiente, Morange se ofreció a enseñarle el escritorio y los talleres, aun abiertos.

—Así conocerá la fundición y entrará por los talleres.

Constancia sonrió; aquella amabilidad de Morange la tranquilizaba.

—Adiós y gracias, amigo mío. En cuanto a usted, tiene el porvenir asegurado si es prudente.

En aquel instante un hecho inaudito le aterrizó. Morange, que había hecho pasar delante a Alejandro, se volvió hacia ella, y con un ademán y una expresión de loco, le dijo en voz baja, familiar y espeluznante.

—¡Ah! ¡Blas me ha hablado desde el fondo del agujero! ¡Aún le he oído! ¡Ah, ah! ¡Vamos a dar el salto! Tú lo has querido. ¡Ya verás qué salto!

Y desapareció con Alejandro. Le había oído con un estupor grande. De momento no comprendió

lo que quería decirle aquel hombre. ¡Pero después! ¡qué rayo de luz! Lo que dijo era lo que jamás había dicho; era el asesinato, el asesinato, el monstruoso crimen no revelado; era lo que durante catorce años había guardado en el fondo de su corazón; lo que únicamente dijeron sus miradas, y que de repente le escupía al rostro en un acceso de demencia. ¿A qué venía aquella rebelión del infeliz, la tremenda amenaza que sentía oponerse a sus planes? Palideció y tuvo el presentimiento de un espantoso desquite de aquel destino que creía favorable. Parecióle que desaparecerían de golpe catorce años de su vida, que de nuevo estaba en aquel salón anhelante y helada, escuchando con afán los ruidos que venían de los talleres, como si hubiese acechado el de una caída mortal, de esas que destrazan un cuerpo. Morange precedía a Alejandro y hablaba con él en tono benévolo y tranquilo.

—Dispense usted que vaya delante; es para enseñarle el camino. Esto es un verdadero dédalo de corredores y escaleras que no acaban nunca. Ahora el corredor vuelve a la izquierda.

Luego, al entrar en la galería, que estaba a oscuras, fingió incomodarse.

—Parece imposible que sean tan descuidados. Y el botón está al extremo! Afortunadamente, conozco el camino. Sígame usted de cerca.

Le siguió a oscuras, advirtiéndole a cada paso lo que debía hacer, sin que su voz temblara lo más mínimo.

—Vuelva usted a la izquierda; sígame... Ahora siempre de frente... Aquí hay una barandilla que tiene una puerta. Ya estamos... Ahora la puerta... Sígame usted; yo paso el primero.

Tranquilamente, Morange dió el paso en el vacío, y cayó sin dar un grito. Alejandro, que le seguía

locándole casi, sintió el viento del abismo, presintió la caída, el horror del suelo que faltaba bajo sus pies; pero el impulso que llevaba le hizo dar un último paso. Dió una gran voz y se hundió también. Los dos cuerpos quedaron destrozados uno junto a otro. Morange respiró aún algunos segundos. Alejandro, con el cráneo destrozado, saliéndole los sesos por la herida, estaba en el mismo sitio donde encontraron a Blas.

Aquella pavorosa catástrofe causó indecible estupor en la fundición. Nadie sabía explicarse cómo había ocurrido, y desde los primeros momentos, más que de la casualidad pareció hija de un plan preconcebido. Morange llevaba a la tumba su secreto. No quiso que un nuevo crimen se cumpliera, que Dionisio muriera como su hermano, deseaba que Hortensia fuera feliz con su muñeca Margot. Suprimiendo el criminal instrumento, evitaba un nuevo atentado. Arrastrado por su demencia, no había calculado aquel cataclismo justiciero que, como el huracán los árboles, tronchaba las existencias. No había pensado; había obrado. En la fundición se dijo que indudablemente estaba loco; no comprendiendo si no cómo las lámparas estaban apagadas y la puerta de la barandilla abierta, y cómo no había pensado en aquel agujero que tan bien conocía. Durante los días que siguieron, acabó de comprobarse su locura, según los datos que dió la portera, y cuando el jefe de policía procedió a abrir su domicilio. Estaba loco, loco de remate. Su habitación era un verdadero establo. El polvo, la incuria y las inmundicias lo habían puesto todo en un estado lamentable. Todas las ventanas estaban herméticamente cerradas, sin que tuvieran señales de haberse abierto en mucho tiempo. Lo que únicamente estaba limpio, era el cuarto de Reina, cu-

jos suelos y muebles relucían y daban clara muestra de que una mano cariñosa los cuidaba. Pero donde se advertía su locura, más que en otra parte, era en su cuarto de dormir. Estaba allí el entrepaño que daba entre las dos ventanas, cubierto por completo por toda suerte de fotografías de su mujer y de su hija. En el centro destacaban dos de mayor tamaño que las otras, representando a Valeria y a Reina al cumplir veinte años, tan parecidas, tan iguales, que antes que madre e hija, parecían dos hermanas gemelas. Y alrededor, como un marco desmedido que repitiera el motivo principal del cuadro, otros y otros retratos de Valeria, de Reina, en todas las posiciones, con distintos trajes, hechos en diferentes épocas. Y sobre la mesa que estaba debajo de aquellos retratos, había un montón enorme de dinero, en monedas de oro, de plata y de cobre. Era una fortuna casi. De fijo que había allí más de cien mil francos. Era la ofrenda que aquel pobre maníaco, que se mantenía de un pan duro, hacía a las dos mujeres adoradas que tanto habían anhelado tener una fortuna. No pudiendo dárselas cuando vivas, se la ofrecía estando muertas, no permitiéndose gastar un céntimo de aquel dinero que consideraba sagrado. Los vecinos comentaron muchísimo el caso de aquel desdichado que se moría poco menos que de hambre, a pesar de tener al alcance de su mano un verdadero tesoro.

A las seis, cuando Mateo llegó a la fundición, se encontró a todo el mundo horrorizado. Desde que recibiera la carta de Morange, estaba inquieto, pensando en el abominable bandido que regía Constancia y quería introducir en la casa. La misma incoherencia de la carta le producía un vago temor. La leyó tres veces, procurando desentrañar el verdadero sentido de las amena-

zas que confusamente predecía. ¡Y en el momento de llegar a la cita, se encontraba en presencia de aquellos dos cadáveres que Víctor Moineaud acababa de recoger y colocar uno al lado de otro. Mudo y helado, escuchó la relación que de la catástrofe le hizo Dionisio, que no acertaba a comprender cómo aquellos dos cuerpos habían caído. Mateo, que a primera vista había reconocido a Alejandro, callóse, y lo hizo porque no quiso comunicar a nadie, ni aun a su propio hijo, las horrendas sospechas que asaltaban su espíritu. Escuchó con ansiedad creciente los detalles que le daba Víctor Moineaud. El anciano debía haber caído primero, porque una de las piernitas del joven estaba sobre las suyas. Las lámparas apagadas en el instante de la caída, la puerta de la barandilla abierta por una mano que conocía el resorte oculto, le hicieron sospechar más y más. En tanto que Víctor le explicaba aquellos detalles, se retrotrajo sin querer a catorce años atrás y vió que el tío Moineaud recogía el cadáver de Blas, como ahora su hijo recogía los de Morange y Alejandro. ¡Blas! El recuerdo de su hijo pareció causarle una impresión profunda, y dejando que Dionisio arreglara cuanto creyera necesario, quiso ver a Constancia.

En el momento en que Mateo iba a tomar el corredor de comunicación, se detuvo ante la trampa. Allí era donde catorce años antes, Morange, habiendo visto la trampa abierta, bajó para avisar, y Constancia fué hacia sus habitaciones. Allí Blas, preocupado, cayó para no levantarse más. Aquella explicación que aceptó todo el mundo, ahora comprendía que era falsa. Recordó miradas, palabras, silencios que equivalían a una explicación, a una confesión, y sintió una convicción, una certidumbre espantosas. Aquello debía

de ser, aun cuando fuera imposible verlo y saberlo claramente, aunque siempre debiera quedar aquel crimen entre las sombras y el misterio. Aquellos dos cadáveres que reposaban ensangrentados en el fondo del abismo, explicaban el hallazgo del de Blas, catorce años antes; lo explicaban adivinando la lógica que podía resultar de los pensamientos de un loco. Esforzábese en dudar y quiso ver a Constancia. Esta se hallaba de pie en el centro del salón. La espera angustiosa de catorce años atrás empezaba de nuevo, se prolongaba. No se había oído ningún ruido insólito, ningún rumor alarmante. ¿Qué ocurría? ¿Lo que temía, no era sino una pesadilla? ¡Ah! Recordaba el ademán enloquecido de Morange, que le predecía la catástrofe. Y las máquinas habían cesado de moverse. Era la muerte de la fundición. Era la muerte, que le arrebatava todo dominio sobre ella. De repente cesó de latir su corazón cuando percibió a lo lejos ruido de pasos, imperceptibles primero, acelerados y resonantes después. El mensajero de muerte se acercaba, estaba allí. Mateo entró.

Al verle, un terror indecible sobrecogió a la cautada; aquella aparición bañó su cuerpo de sudor frío, erizó sus cabellos. ¿Qué quería aquel hombre? ¿Quién le había prevenido? De todos los emisarios trágicos, aquel era el que menos esperaba. Si Blas hubiese salido de la tumba que ella le abrió, le asustara menos. Nada preguntó; Mateo dijo:

— Han dado el salto, han muerto los dos; han muerto como Blas.

Sin abrir la boca, le miró. Sus ojos quedaron fijos unos en otros. En aquella mirada Mateo vió el asesinato. Vió cómo se preparaba, cómo se cumplía.

—¡Desdichada! ¡Qué espantosa ceguera, cuánta sangre sobre la conciencia de usted!

Quiso defenderse orgullosamente ante la acusación; gritar que sí, que había sido la asesina, que tenía razón y poder contra todos. Pero Mateo la abrumó con una revelación postrera.

—¿No sabía usted que ese miserable Alejandro era el asesino de esa amiga de usted, de la señora Angelín, robada y estrangulada?... Se lo oculté a usted por compasión. Si yo hubiese hablado hubiese ido a presidio. ¡Si hablara hoy, también iría usted!

Fué el hachazo. No habló; cayó sobre la alfombra, rígida, como un árbol que el leñador derriba. El destino se volvía en contra suya. Era la derrota sin esperanza de desquite. Y allí yacía aquella madre pervertida por los bajos cálculos, exasperada por la muerte del hijo en quien pusiera todo su amor, llevada al crimen por su ternura extraviada, por el odio que sentía, ella, degenerada, hacia las madres sanas y amorosas. Mateo llamó a la camarera que la puso en la cama y la desnudó. En tanto que continuaba desmayada, Mateo mismo fué a buscar a Boutan, al que tuvo la suerte de encontrar en su casa. El doctor, que contaba setenta y dos años, no ejercía ya. Únicamente visitaba a sus clientes más antiguos.

Examinó a la enferma e hizo un gesto de mal agüero. Tan explícito fué, que Mateo quiso prevenir a Beauchéne, para que estuviese presente si moriría su mujer. La anciana camarera empezó por negar; pero al cabo, asustada a su vez, fué a casa de aquellas dos mujeres, tía y sobrina, de las que sabía perfectamente la dirección. Allí le dijeron que la antevíspera habían salido para Niza, en compañía de Beauchéne. A fin de que hubiese en la casa alguien de la familia, tuvo la buena idea de

ir a buscar a la hermana del señor, la baronesa de Lorwicz, a la que hizo subir, casi a la fuerza, al coche de punto que tomara, a fin de ganar tiempo. Fué inútil cuanto probó Boutan. Cuando Constancia abrió los ojos, le reconoció sin duda, porque le miró fijamente; pero no contestó a ninguna de sus preguntas. De fijo que reconoció a cuántos la cuidaban; pero se empeñó en no hablarles, en no deberles nada; quería morir. Ni sus párpados ni sus ojos se abrieron más, como si hubiese muerto a consecuencia de su derrota. Los dos hombres encontraron muy cambiada a Serafina. Apestaba a éter, del que bebía grandes cantidades. Cuando supo el doble accidente, la muerte de Morange y Alejandro, que produjo el ataque cardíaco de Constancia, no dió signos de gran pesar. Hizo un gesto de demente, sonrió como a pesar suyo, y dijo:

—¡Toma, tiene gracia!

Se sentó en un sillón, sin quitarse sombrero ni guantes. Velaba con los ojos abiertos, aquellos ojos oscuros estriados de oro, las dos solas llamas vivientes que guardaba en aquella faz asolada. A los sesenta y dos años parecía una centenaria. Su belleza se convirtió en un montón de arrugas; sus cabellos de sol se apagaron bajo puñados de ceniza. Al sonar la media noche, todavía estaba allí, al lado del lecho de muerte, sin darse cuenta de nada; ni de dónde estaba, ni por qué la habían traído.

Ni Mateo ni Boutan habían querido alejarse para no dejar a la enferma al solo cuidado de la camarera. Cerca de las doce, en tanto que hablaban en voz baja, quedaron estupefactos al oír a Serafina que despegaba los labios después de más de tres horas de silencio.

—No sé si saben ustedes que ha muerto—dijo.

Hasta al cabo de un rato no pudieron comprender que el muerto era Gaude. Con efecto, habíase hallado al célebre cirujano muerto en un sillón de su gabinete, sin que se supiera a punto fijo de qué enfermedad murió. A pesar de sus sesenta y ocho años, Gaude, que continuaba soltero, estaba muy robusto y se decía en voz baja que aún se permitía jugar con sus clientes reconocidas. Mateo recordó un ensueño atroz que tuvo Serafina ante él, un día en que maldecía al médico que la arrancó, con el sexo, el placer: «¡Ah! ¡Si un día fuéramos a su casa todas las castradas y le castrásemos a su vez!» Eran millares de millares, un ejército, un pueblo de infecundas, capaces de derribar la casa en que se albergaba su castrador, para tomar de él cumplida venganza. Lo que emocionaba a Mateo es que se decía que habían encontrado a Gaude sobre su sillón, desnudo, mutilado, sangriento. Y cuando Serafina vió que la miraba, como víctima de una pesadilla horrosa, añadió, con su risa de demente:

—Estábamos todas; ha muerto.

Era imposible, inverosímil; pero quizá había sucedido. Y el terror de lo ignorado, de lo misterioso, de lo horrible, asaltó por un momento a los dos hombres. Boutan se había acercado a Mateo y le dijo al oído:

—Antes de ocho días estará loca rematada.

Así fué. Ocho días después, la baronesa de Lorcwicz tenía puesta la camisa de fuerza. En ella la cruenta operación había atacado el cerebro, trastornado por la rabia de no poder satisfacer sus deseos. Se la aisló, y ni visitarla fué permitido, pues en sus crisis hacía gestos y decía palabras de una lubricidad tal, que hasta los mismos enfermeros quedaban horrorizados.

Mateo y Boutan velaron a Constanca hasta que

fué de día. No abrió los ojos, no despegó los labios. Cuando entró en el cuarto el primer rayo de sol, volviósse hacia la pared y murió.

#### IV

Pasaron años todavía. Mateo tenía sesenta y ocho; Mariana sesenta y cinco, cuando, a pesar de la creciente fortuna que debían a la fe que tenían a la vida, a su valor nunca desmentido, se produjo una postrera lucha, la más dolorosa quizá de su vida, que, por un momento, amenazó abrir su tumba.

Mariana tuvo que acostarse, un día, temblorosa, abatida. Una querella muy ruda había estallado entre sus hijos; una execrable querella se inició y tomó cuerpo entre el molino, donde mandaba Gregorio, y la granja, cuidada por Gervasio y Clara. Ambrosio, nombrado árbitro, en vez de calmar las pasiones, las exaltó más, por no haber procedido con el tiento necesario. Al salir de casa de Ambrosio, que la recibió brutalmente cuando supo el motivo de su visita, es cuando Mariana tuvo que ponerse en cama, desesperada, anonadada al ver que sus hijos no la respetaban, no la querían, y entre ellos se peleaban y anhelaban devorarse. Suplicó a Mateo que no llamase ningún médico, asegurándole que no padecía, que no tenía ninguna enfermedad. Pero, de todos modos, cada día estaba más débil y se moría lentamente, como una luz que se extingue, vencida por el dolor que la asaltaba. ¿Cómo imaginar lo que ocurría? ¡Aquellos hijos suyos tan amados, tan queridos, tan amantes, crecidos al calor de sus besos y de sus